

ESTOY AQUÍ

Ilustrador Isabel Montt

Soy rugbista

Hace algunos años atrás, solicitando un certificado como jugador de rugby, ya retirado desde mi juventud y formando ahora parte de la 3ra. edad, y con el objetivo de ejercer como formador en mi calidad de técnico deportivo en mi actual ciudad de residencia; me comuniqué por teléfono con el encargado de la rama de mi Club, al que no conocía; y ante mi presentación como ex jugador y migrante de nuestra capital donde practiqué tal disciplina, me puntualizó: "Mira...se es rugbista toda la vida, solo que se deja de jugar al deporte que nos convoca". Tal afirmación, toma su relevancia cuando se me diagnostica cáncer grado IV de colon y debo concurrir a Santiago a operarme de urgencia, puesto que por falta de especialistas en mi ciudad de residencia, se me trató durante un tiempo valioso perdido, solo como colon irritable.

Volviendo de la nebulosa inconsciencia de la anestesia, en el silencio frío de la sala y postrado en la cama quirúrgica, habiendo perdido más de 20 kilos de peso, principalmente de masa muscular desde el inicio de la condición; reflexionaba; esto que me ha sucedido de forma totalmente abrupta, puede ser algo trágico o una oportunidad para demostrar mi condición personal como rugbista, que encara y acepta la vida como el verdadero juego que es. Tengo la única alternativa: puedo ser una víctima perdiendo el juego avasallado por un rival poderoso, o ser un héroe que busca revertir la adversidad de esta situación, que me ha sacado ventaja en el marcador.

Como rugbista, desde la temprana edad se nos induce el espíritu aguerrido de la antigua Esparta, con el ejemplo del episodio, en que las poderosas huestes otomanas que llegan hasta los contrafuertes de la polis, enviaron a un emisario para exhortar la rendición, advirtiendo que si se tomaban la ciudad, la arrasarian a sangre y fuego; la respuesta fue breve y lacónica: "Si la tomáis". Además se nos enseña las reglas de un deporte de alta rudeza y entrega personal, donde la participación individual se somete ante el colectivo de todo el equipo, siendo la lealtad y reconocimiento del rival parte fundamental del juego.

Como afirmo antes, la vida es un juego; donde lo imprevisto es siempre posible, ante un rival que atenta contra lo que llamamos bienestar u orden, alterando de forma caótica nuestra zona de confort y falsa seguridad, que buscará resultar victorioso ante la vulnerabilidad de la condición humana. La realidad es que todo torneo tiene un final y ante la amenaza inminente del cáncer como enfermedad de alto riesgo y catastrófica, asociamos el evento como algo fatal que nos conducirá a una situación que queda fuera de nuestra voluntad y posibilidades, adelantando el final de la temporada. Pero, como rugbista sé que este partido no está definido y queda mucho por jugar aún, por ello mi actitud es entregarlo todo para disputar cada palmo de la cancha haciendo retroceder al equipo contrario; disfrutando con tenacidad, ímpetu, entrega y devoción (como todo rugbista), la parte del juego que depende de cada uno en contraposición al rival; lo que constituye el aporte individual para el resto del equipo.

El cáncer, ya no es el adversario omnipotente como lo fue hasta el pasado reciente; ahora sabemos que es posible derrotarlo con el avance de la ciencia médica y tecnología, junto a un equipo de "jugadores" experimentados y especializados que juegan de nuestro lado, formando la oposición como ante todo rival en el plano deportivo. Es lo que expongo en esta simple analogía, como la parte del juego que protagonizamos como pacientes, en un llamado para asumir la condición del rugbista, que debe aportar y brindarse individualmente con toda la actitud positiva y sentido combativo para desplegar la fortaleza interna que habita en todo ser humano, con la mentalidad de no doblegarnos al poder del rival y disputarle de forma decidida en el momento presente cada balón...como si fuera la última jugada del partido.

